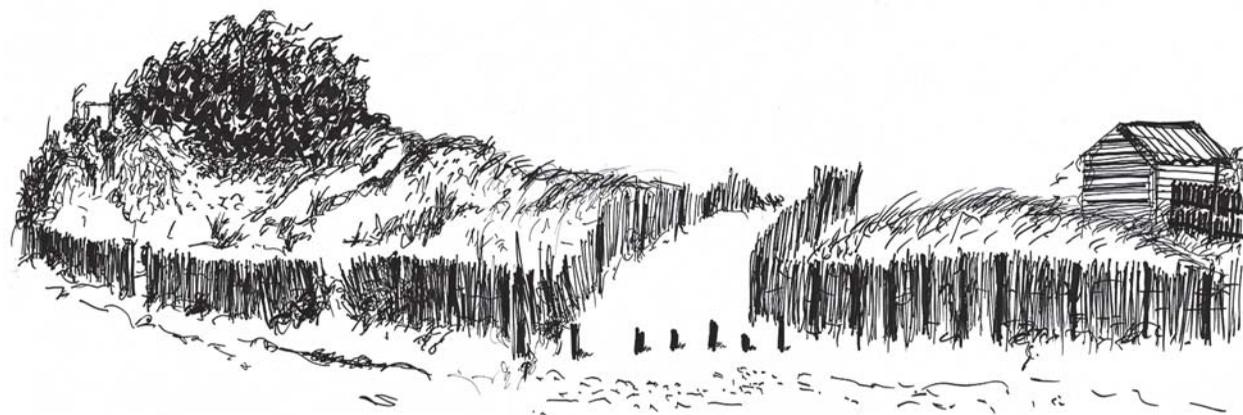


# EL SURMENAGE

( Lo playa )

Capítulo II, Año 0, Número 0 - Buenos Aires, Argentina - Junio 2008

---



## Un paseo virtual

por Bengt Oldenburg

Esta vez, Fernando Fazzolari se apropia de la playa al convertirla en un espacio propio, escenario de su capacidad como artista. Como ya lo hizo pero, entonces, con pinturas, ahora instala grandes telas para situar al espectador dentro de un juego de formas surgidas en someros apuntes tomados durante unas vacaciones.

Ahora no hay pinturas, y los dibujos son, en realidad, proyecciones, escaneadas y pasadas por un plotter, intermediarios técnicos que agrandan los trazos originales y les confiere una calidad gráfica que los asemeja a una escritura o a una partitura musical.

La visión casi panorámica de este paisaje de playa hace pensar en los montajes de grandes telas de hace un siglo, inmensas telas pintadas que abarcaban hasta 360°, ambulantes pero efímeras, concebidas como un espectáculo para el gran público. Uno de los recursos de entonces consistía en colocar objetos reales delante de las pinturas para reforzar la ilusión de perspectiva y de realismo.

Esto también ocurre aquí, e incluso hay una silla de playa que, en vez de loneta es de alambre de púa, referencia inquietante. Pero lo que en muestras anteriores fue pintura, ahora es el resultado de una intervención tecnológica, y la textura es la de un estampado. Tal vez Fazzolari piensa en la obra de arte en la era de su reproducción mecánica, obra sustraída de su condición de objeto para devenir la expresión de un concepto.

## Lo playa

Habrán sido veinte días, no más. Días de música, de playa, de arena, de cansancio, de algunas noches, de bicicleta, de caballos, de pizza, de fideos, de tacos, de milanesas, de secretos, de silencios, de angustias, días un poco más coloridos que el resto de los días o tal vez absolutamente achaparrados por el sol.

Días que se fueron tan rápido como las fichas del Daytona.

Días en los que el descanso toma la manera de la euforia, del trajín, o de la pereza.

Días en los que hay que inventar el día y otros en que ya estaba todo inventado.

Los días y sus noches.

Y algunos paréntesis entre los trajines frente al mar.

De pronto surge un diario, un diario de otra naturaleza, un diario donde no son los píxeles de lo digital lo que establece la memoria, sino la punción en la memoria misma, en lo emotivo de ese grabado, en lo dedicado, esa manera de la delicadeza del amor.

Un diario donde las páginas no resultan de un relato cronológico sino de una impresión de lo que se deposita en la imagen.

En lo imborrable de la gubia en la piel del recuerdo.

Y en el tiempo de los paréntesis la línea recorre la cercanía.

Lo más próximo y lo más lejano.

Y en esas dimensiones lo cercano es eterno y lo lejano a veces presente.

A Franco, Maga y Guadi



También

A Marucha.

A Facu y Paul.

A Federico, Ramiro, Agustín, Mara y Graciela.

A Panzy y Juli.

Cómplices necesarios

Fernando Fazzolari



Mientras que...

Hurgan, a pierna suelta en la cruz de colgantes colgajos brillantes como hurga en el sexo un ginecólogo, recitan saberes y certezas de si bien, de si mal, decimales, si ese solo, si con otra cosa, si para si, si para otra, que tiene mas o que porta menos, se quejan del precio, del largo, del corto y comulgan y demandan fe en mañana, si le trae otro, si otro gusto, de frutilla tal vez, de arándano, de plata, con una nuez mas, con una nuez menos, con un caracol de oro o de cristal, con el hilo rojo, con el hilo verde o con tres hilos. Tiene tres días más dice y le encarga un collar como si fuera un peceto, con el mismo tono con que a Alberto, su carnicero, que la ve irse moviendo el traste como si saliera de Versace en Niza mientras en el costado de su íntima sonrisa se desliza la generosa morcilla que incluiría en su alma seductora. Esa que ahora encarna en las playas frente a un indígena rasta que blande el estoque de las baratijas, que lo clava como en una fundación de una futura colonia entre las ojotas de la Señora de la Reposera, es ahora un indio el que hinca sus espejos de colores en la cruz frente a los ojos de la conquistadora que tritura entre sus dientes granos de choclo, el maíz sagrado, que saltan como pororó crudo de su boca cada vez que le pide a los alaridos silencio a su hija gorda que se quema los labios y las manos adherida a otro choclo embadurnado de arena y manteca. Mientras tanto ella insiste en separar los collares como si fueran pendientes de una cortina de alabastro. Lo mira a los ojos y profunda dice que los vio a diez en el centro, pero igual, que se lo haga y se lo traiga. Tres días, advierte. De pié, devuelve con mano diestra de repulgue cada una de las pruebas a esa tienda crucificada y se aleja, como del mármol bruñido de vísceras de la carnicería, vestida con un bikini rojo oscuro que aun le marca la cintura y el traste como una aparición budista mientras se desliza comiendo el choclo hacia la reposera del señor estertóreo y plantada delante de él toma el sol, toma el choclo, toma el aire, con las piernas abiertas, las rodillas dobladas hacia atrás, apoyada en los cantos del pié. Él murmura culos y tetas a la distancia. Ella acomoda las prótesis que se le hinchan con el sol en el escote, toma un pareo borgoña con la mano y camina regia con el

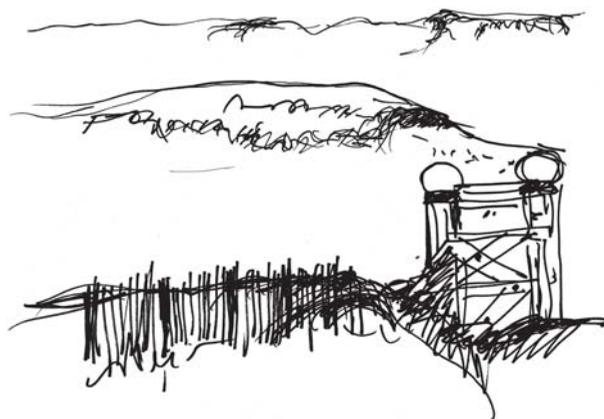


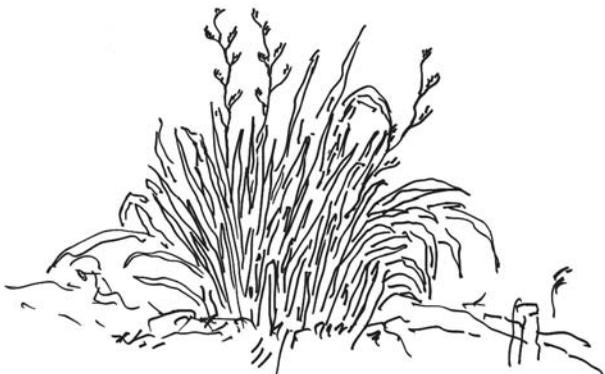
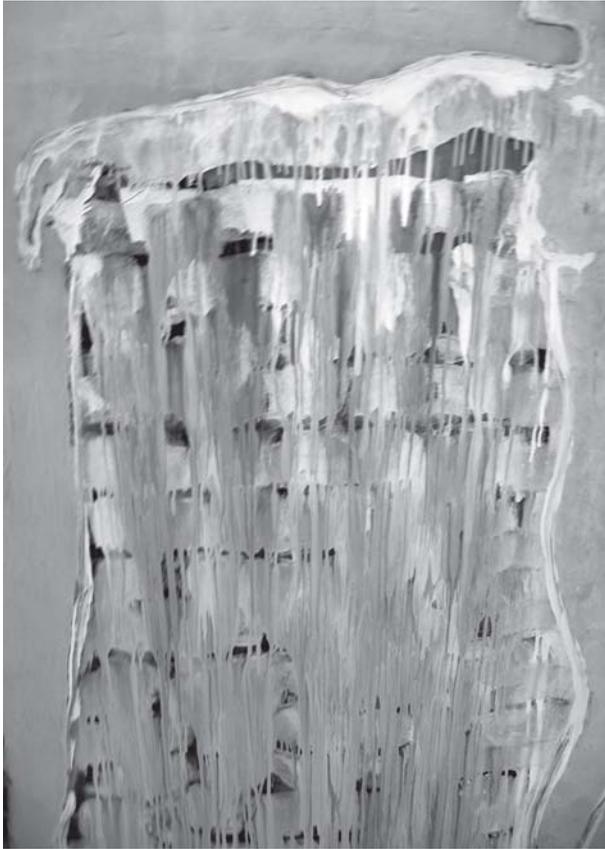


marlo y la chala despojados del oro hacia el tacho lejano dejando en claro su republicana urbanidad cincuentona y su espíritu sugerente. Cuando regresa, con su pareo a rastra como un torero que ha concluido su faena y ufana redondo la arena, se yergue en el centro de las carpas, expulsa el torso hacia el mar y la espalda hacia la costa, saca pecho, el viento empuja y vibra en su papada, emerge la panza como proa submarina y el culo como melones de Newton se ancla hacia la arena caliente. Esbelta, dueña de sí. Señora. Tiene una suave flor bordada en la bombacha, su tallo nace en la misma raya, se abre suave sobre el pliego de lycra y como una copa, una campanilla lila promete a la altura de la pelvis una flor que ya marchitó en tantos aburrimientos que hizo desierto todos los floreros del deseo. Su pelo lo recoge una flor blanca que manosean sus hijas como quien sala a un riñón antes de ir a la parrilla. Ah! la playa y sus mujeres que esperan como focas el trinche del ballenero mientras cotillean el tiempo, la injuria, y todos los planes que de tan secretos se paren obvios.

Era más blanda que el agua, que el agua blanda, que la de la ducha del vestuario frente al áspero mar. En treinta años había sabido gestar varios niños o niñas que aprendieron a gritar mamá como un camión de bomberos, tenían también sí, la movilidad de un caniche consentido y enarbolaban como bárbaros palas, barbies, baldes, helados, panchos, rastrillos y pomos de carnaval, sembraban como el sembrante sembrador de Constantin Meunier pochochos tan transgénicos como estériles, papafritas lánguidas y las estacas derretidas de los palitos de la selva sobre un arenal caliente y seco. Reclamaban derechos absurdos como el de beber, comer y ser eximidos de las nauseabundas impurezas de sus pañales. Rubios ellitos, rizadas ellitas, tiernos y malévolos, siniestros querubines caprichosos mientras Ellamisma, como un troyano, erguida en su casquete de pelo encerrado en un doble tridente dorado, se desmadra ardiendo sus pies sobre las brasas de cuarzo gris del patio del balneario. Pequeña comuna con servicios protegida del viento, de la mirada de los oportunistas y de los desclasados de la sombrilla o de la loneta.

Atracaba santamente por las mañanas como los ladrones de la gorra gris con su bikini blanca y pura, bolso de lona y canasta arrastrando con la mano la piara de hijos que, como camellos se encolumnaban en el desierto. De su cuello cuelgan como pendientes de galeote tantas figurillas, representantes de las tantas placentas arrasadas por las voracidad de embriones hambrientos, del museo del oro de Liberty Park, sus muñecas gesticulan atrapadas por soles de cartón y pedrería mientras que su solero lima se enreda y desgarran en los bordes desgastados de las sillas de mimbre blanco arrasándole el glamour como un kurdo en celo. Media mañana y la primer embestida de panchos o barquillos, así la mítica ruleta iniciática que sobrevive año tras año a la arena y a la lonja de cuero reseco con que es cargada en los hombros del sol, convocaba alrededor del sabor de manteca, azúcar, vainilla y harina crocante, delicias de aromas que se evanesían al viento, a arrojar la suerte por dos pesos, uno dos tres cuatro cinco o seis barquillos y es de mucha suerte sacar mas de tres porque la suerte, como la fortuna verdadera de la vida, no se distribuye en forma homogénea, una gaussiana burguesa, una hamburguesa, también una hamburguesa mamá, no mas tarde, y el barquillero y el choclo otra vez, y el pochoclo y el señor que no está. Trabaja, de lunes a viernes o sábados también, mientras que ella, Ellamisma, azucena sobre todas casta de perfume tenue corola cerrada, disfruta de las vacaciones. Ahora al mar, que hace frío que no te vayas tan lejos que la ola que agarrame, que subime que miedame que soltame que la sal que la arena que me raspo que me empuja que me araña que me que me y el protector solar 23 y crema nívea, blanca como ella, yo te quiero alba yo te quiero de espumas, te quiero de nácar, pura como el agua mineral ahora agua con gas sin gas no coca nada y me olvido de la sed porque me puse a enterrar a mi hermana y la arena se filtró por los pliegues de la malla y le pica que sacudite entonces y el agua viva muerta que me mira con su medusa de ojo como la clara de un huevo podrido hecho milanesa, y que me tiró arena en lo ojos y de pronto el Alamein, Rommel derrotado por Montgomery y viceversa y la arena que se

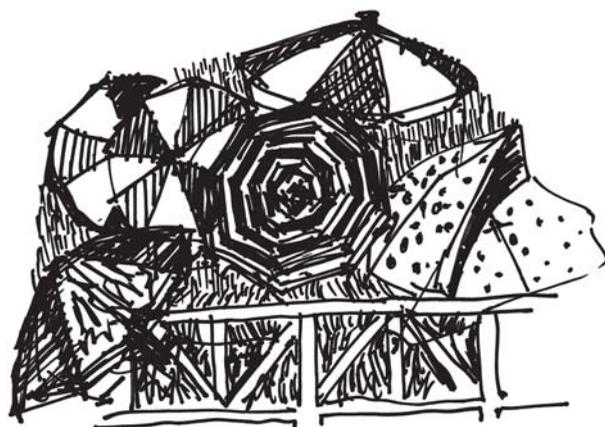
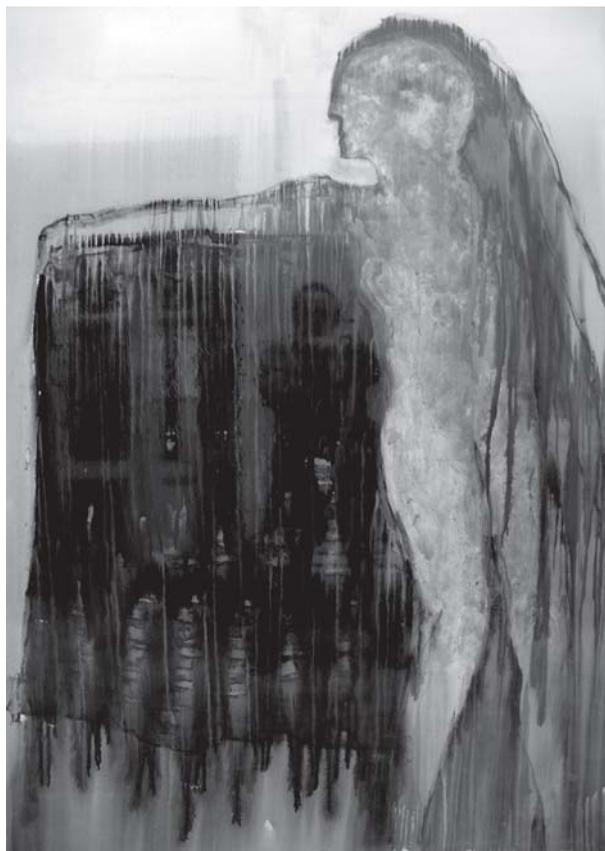




desangra sobre la duna al grito final y desencajado de basta y Ella, Ellamisma, una hembra touareg, presa política saharauí en la cárcel negra de El Alaiún, en medio de la aglomeración y el calor en las carpas del pequeño desierto marítimo que padece el hacinamiento, las enfermedades como el moco, la otitis, los ojos ulcerados, el vómito, la faringitis y las excoriaciones de las tablas de barrenar de poliestireno expandido con los colores de boca o infaltables nacionales, la sobre alimentación, las grasas, los hidratos de carbono, los azúcares, mientras el cohecho y el perverso aburrimiento de las autoridades dejan sobrevenir las atroces violaciones de la mirada y ese bikini blanco que resplandecía al alba se va desgañitando de dedos y diversos humores. Tumores de las horas y la disciplina de lo infantiles, que ni un rayo de luna filtrado me haya, ni una margarita ni un descanso y la almohada blanca es un sueño de espumas para quien la quiere blanca de esmero y psicosis de los mediodías que los fideos que la milanesa que la hamburguesa gaussiana que la distribución perfecta de la manteca y la guirnalda que quedó de navidad, que sentate, que movete, que acercate que alejate, que no me toque, que me miró, que hace calor, que no quiero, que ya basta, que estoy por ponerme a llorar a los gritos y pedir tiempo al referí y que me trague la tierra y que crezcan y que la cuenta y que me quedé sola mirando como una loca como se van corriendo al agua, porque ahora quiero ir al agua, que no, que ahora no, que a los juegos, que me arde, como a ti te arden las camas de las otras, en las que dejaste el alma enredada y un resto de miseria me harta la boca y aléjate tentación y pensamiento y leer una hoja de un libro o tomar un mate que se vuelca mientras por el milagro de la tarde un castillo de arena los hunde en la edad media y sus cocodrilos y los puentes levadizos y las almejas y otra vez el mar y la misma retórica y el pelo que se quema y se llena de sal y por suerte el champú a la noche es como un bálsamo y puedo darme spá cuando todos duermen. Y si es hora de la banana, que vení con nosotros, que tirate cuando da la vuelta, que no te tires, que ayudame si no puedo subir y la cola siempre hay cola, los chalecos salvavidas y las colas de las chicas

que sobre las colchonetas dejan que descansen las miradas en sus trastes piláticos haciendo nada, esperando la noche, la noche profunda para ir a bailar o a estar en la música y caemos y subimos y volvemos a caer y regresamos como Viernes a reconstruir la isla, a rehacer la civilización con las toallas que ya estaban mojadas. Y sanseacabó. Nos vamos y se acepta a desgano y a congano porque ellos tampoco dan mas no quieren ya ni molestarse entre ellos pero igual lloran y ella, Ellamisma también. Ella, que era más blanda que el agua, que el agua blanda, dilapidó su encanto, tiene entre sus uñas arena mojada, se ha alimentado con raíces amargas y sin dormir la despertó la escarcha, se aleja al caer la tarde, esa urdimbre profana, la espalda corvada y su bikini blanca un estropajo de bodegón de cuarta.

Ceremoniosamente, amanecen dos crupieres. Desarticulaban la mesa de madera plegable a un metro del pequeño frontispicio de su catedral número 71, instalaban sendas sillas enfrentadas geométricamente, y sobre la mesa despleaban una toalla roja y sobre ella en el borde sur acomodaban dos mazos de cartas de póker, uno de cartas españolas, un cubilete, la caja epistemológica del scrabel, la aristocrática caja del buracco y la esmaltada rectangularidad del domino; el termo, el mate y el quit de yerba y azúcar de cuero. En el borde norte un talonario y dos biromes una roja y una azul. Cada uno de ellos hacia el este y el oeste, siempre a la hora señalada. En el interior del templo amarillo quedaban, dos bolsos, y la ropa de dos niños que jamás aparecieron. Él era compuesto, atlético, entrecano, piernas largas y musculosas, su vientre era liso, sin llegar a estar surcado por los abdominales, usaba pantalones de baño sobrios y hablaba pausadamente, casi didáctico. Ella era un poco mas joven que él, no demasiado tres o cuatro años tal vez, rellena, de voz suave y calma. Vestía un bikini rojo sin complejos, claro está, no era una tanga, que no obstante, expresaba una seguridad o una torpeza. Desde las cronológicas diez de la mañana hasta la ineludible primera hora de la tarde, se mezclaban y repartían barajas. Nada más aburrido que jugar mano a mano al truco con tu esposa dijo alguien alguna vez. No se los veía



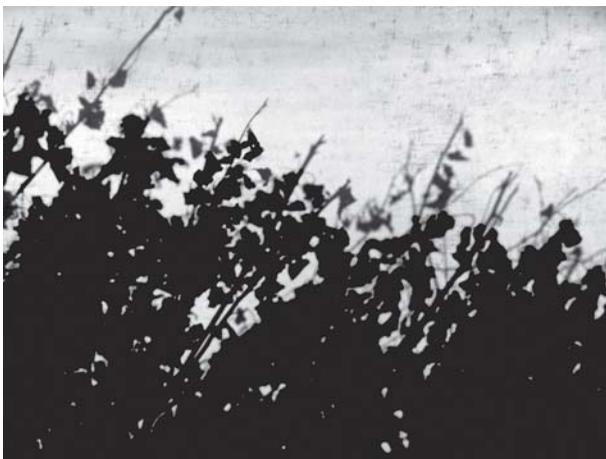
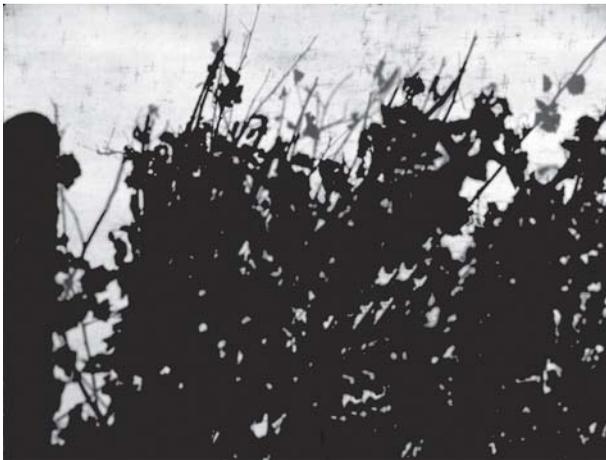


así. Eran profesionales. Tanto para el truco, para el chichón, como para la escoba de quince. Sus cantos eran perfectos, como si tildaran un libro mayor. Y así sucedían sus horas. Sólo el almuerzo interrumpía el casino, en ese momento llegaban dos niños que casi en silencio se secaban, y compartían los sándwiches, las gaseosas y los alfajores que rigurosamente se repartían sobre la mesa hasta que volvían a desaparecer. Bendice uno el silencio y la discreción cuando se encuentra en medio de una multitud poliforme. Una cosa es la identidad y otra muy distinta es la masa de vocablos, gritos expresiones de júbilo, rabia o desamparo sucediendo al mismo tiempo. Otra cosa sería una playa acompañada donde todos gritaran a coro cada fenómeno expresable. Cómo sonarían en la batuta de la Orfeón Donostiarra unos vení para acá, no ahorano, vamos a comer, cambiate la malla, secate el pelo, queres un matecito en un gran coro ademanado cargando la habitualidad como se cargó el ataúd de Verdi al son del va pensiero de Nabucco. Pero ellos eran discretos, dos crupieres del casino de Santa Rosa de Calamuchita, serios, de negro desleído, amarillentos, inodoros, esos que recogen las fichas de los perdidosos como quien arrea almas al infierno. Almas indefensas ante la suerte, esa virtud divina. La tarde era necesaria y silenciosamente escrutada desde la lingüística del macramé de la real academia acompañada de la lujuria estocástica de las más altas matemáticas. Comisario uno dos tres cinco nueve duplica puntos letra trece. Y ante cualquier duda un diccionario pequeño pero completo de manera que no existan divergencias. Doble seis abre si no doble cinco y así vamos desgranando silencios en el laberinto de marfil con viruelas. Un gesto tal vez el último de cada partida que exprese esa sazón, sin sazón de la razón en la combinación de los iguales, pajarito pajatito, león león, era de pequeño todo un mandala, un canon canónico y ahora también, mi paz os dejo mi paz os doy, mis pasos dejo mis pasos doy y así hermanos idos en paz, recoged los bolsos, ordenad las infusiones, doblad las toallas, enfundad el azar en una bolsa singular, que de ser frotada, hará de brotar todas las luces de las vegas y la disco se llenará de humo hasta

mañana a la misma hora del día anterior cuando un cubilete agite los recuerdos de la noche. Kamtchatka ataca Chukchi. San Clemente se rinde.

Caía la tarde en una terraza de un bar que sólo se sostenía por el milagro del equilibrio, y era una tarde roja con un amanecer de luna llena que hacía mas rojas las nubes y el cielo, tomaba como es sana costumbre un ron con hielo mientras que el viento me arrastraba suavemente el pelo sobre la frente, sacaba fotos de las sillas solitarias frente a un mar calmo a la hora en que las almas diurnas ya se habían recogido en sus paraísos domésticos. La luna en su pequeño arco magenta se demoraba en el horizonte, flacas, las nubes construían lánguidas una página en blanco de un cuaderno de caligrafía propio de una niña aplicada, esas que subrayan con marcador iridiscente rosa todos los títulos y sus maestras, las ginecócratas, aplauden con moños. Poco a poco la arena se fue despoblando de tatamis, de sombrillas grises y hasta de papeles. Dos o tres peregrinos de la sal de la noche que se escurren por las sombras y la luz rasante de la dama blanca sobre el suave encrespado del agua encandila como un seguidor de Hollywood el plata enervado de las rompientes lejanas. Caminar por el borde de la noche en el límite de la espuma, mar adentro la oscuridad y el frío del verano, también desde las olas la algarabía de dos voces frescas, ardientes, chillonas, reían sirenas y profesaban cantos de esplendida profundidad marítima, calamaras, delfinas, alicias, orquídeas, cachalotas. Como una aparición, como una navidad, dando brincos y medias lunas en luna llena dos hermosas hembras, robustas, bikinosas, urdidas en fuertes carnes desprendiendo espuma, sal y agua como un corcel de conquista, dunkerque, se plantan ante la casamata de mis ojos y expanden sus pelvis de costado, costales, cuadriles, mostrando las piernas encarnadas y el arco de sus trastes como dos sartenes de cobre luminoso mientras que los pechos se enfrentaban rectos y altivos ante mi nariz, proas de Génova, para decirme en cara y absolutamente convencidas del producto que promocionaban, mientras golpeaban con mano segura y severa las nalgas tostadas y húmedas





que apenas se estremecían por sus palmas: ¡Carne Argentina! ¡Carne de la buena! ¡La mejor carne del mundo! Un flash por favor.

Todos los días eran lunes de quincho de ambitofinaciero, sus cabellos, canos; sus pantalones, amplios; sus remeras, vistosas; sus dientes, amarillos; sus panzas, generosas y los belfos daban cuenta de innumerables vasos de whisky. Los ojos, entornados, agazapados detrás del pensamiento del otro, listos para la burla o para descubrir el engaño; las manos, cortas, los dedos gruesos expertos en salames de picados diversos, quesitos en dados y el pan fresco. Que decir de sus vientres, y sus tohallas blancas sobre los hombros. Cuando llegaban ya habían leído lanaciónclarínyelámbito también en el bar, veintitrés, noticias, la semana, perfil, y nosequemas, tinelli fue un sueño, las tetas de una, el traste e la otra y el trolazo que con quien, las dos voces de la noche le habían cumplido en dar letra a sus oídos y el amaneramiento vaticano de las manos de grondona terminaba siendo insultado cada vez que con sus lindas manitos que tengo yo trataban de acompasar de la misma manera el comentario de sus comentarios para insuflarle credulidad a sus palabras, le habían leído a su mujer gente, vieron como se vive en hola y anoche, siempre habían cenado bien, no obstante la calidad precio del vino y los camarones, si no la salsa o los panzottis, y de los asados eso si, se habla, que bien que estuvo, que buenos los choricitos bombón, el ojo de bife, la bondiola, el cabrito, la corvina y las morcillas vascas. Hasta las berenjenas y los tomates para las vegetarianas, la risa de la contundencia carnívora, un pepino o varios zucchinis y una banana porque no también y aún mayores las carcajadas como si en ello nadie de los presentes estuviera implicado en la falta por ronquido, eructo o flatulencia, pero no importa, ya no importa, entre nosotros con un tejo alcanza como cuota de entrenamiento, tampoco afecta que nosotros por aquí y ellas por allí, esa segmentación calabresa de la mesa, del living y tal vez si uno lo piensa por que no de las camas. Grecia en su diáspora cultural. Eso si, se juega al truco con las otras, como cartas, se cabecea un pelo enrulado que pasa meneando por frente a la

mesa, se guiña un ojo a cualquier soutien natural o artificialmente relleno, el ancho de bastos para una piernas que corren como gacela, se muerden los labios ante la presencia carnal de una vestal de peso adecuado, en fin, todo se mira y se seña, se lo ve, se lo comparte pero en esa mirada ya hay una posesión simbólica, una usucapión intransmisible de derechos al manotazo, porque no se puede llegar a imaginar una caricia. El mismo manotazo que sobre la cola si bien madura, pero bien ejercitada, que se le brinda a su señora cuando le dice lisonjera que se va a tomar un cafecito a la barra con las chicas, tan chicas y sostenidas como ella. Así las tardes así los días y el país que arde o aburre o inventa conflictos donde no los había o expande los que eran insignificantes y omite los verdaderamente reveladores de la fragilidad pública e institucional. Que es una boluda, que es un pollerudo, que es un irresponsable, todos pueden ser algo en lo público para ser denostado en lo privado de una partida de dominó interminable, una excusa para el resto, para escucharse. Y en dulce montón cargan con los tejos redondos de color blanco y de color rojo, de plástico compacto hacia la arena húmeda y plana que fue dejando la marea, ese pizarrón de sílice que soporta día a día todas las inscripciones propias del amor, de la furia, de la grosería y las diferentes geometrías de los deportes, también la historia de la arquitectura desde la elemental choza hasta la gótica figura del castillo sobre la colina. Qué maravilla la arena y el mar, destruyen en su tiempo diario de mareas todas las vanidades humanas, el tiempo en las arenas de la playa es mas corto, deshace una generación o una civilización por noche, tal uno debiera considerar la fragilidad de la vida mirando la playa al amanecer y sentirse que está nuevamente en el fin del pleistoceno. Tal vez una fórmula de autoayuda para abrir los ojos cada día y proponerse un mundo diferente. La epopeya del regreso de las vacaciones comienza desde el momento que se cierra la última puerta del auto o de lo que sea. Alguien piensa preocupado, estarán todos y los cuenta por las dudas, todo fue guardado, estarán seguras las valijas en el portaequipaje, no me olvidé nada, tendré nafta?... agua?... aceite? Qué

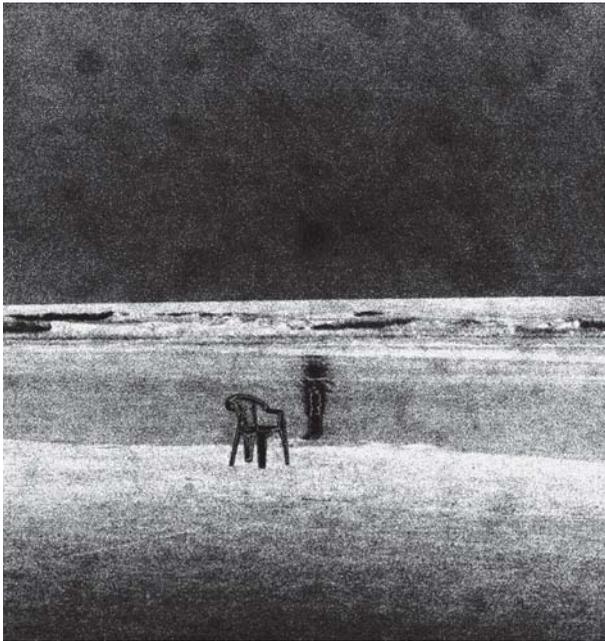




más? Ah! aire y liquido de frenos, agua mineral, algunos caramelos, cigarrillos los que fuman, documentos, cambio para el peaje, anteojos negros, y todos ellos que están enfurruñados porque guste o no es el último día de las vacaciones y tiene uno que atravesar por el purgatorio del regreso, evento que puede según los casos hacer olvidar todo lo maravilloso que pudieron ser las vacaciones. Idear teletransportación, buen punto, en ese caso es como ir de una realidad a otra sin interfase. Damos las hurras los deseos de buen viaje y zarpamos. Que la radio a que la b que la c ya nada importa, una radio que se escuche bien mientras se debe ser cuidadoso de las reglas de tránsito y urbanidad vehicular, por suerte es autopista, cómodos por la derecha y el cuentakilómetros que va cancelando distancias hasta el arribo, primero falta mucho luego menos luego la mitad, un poco menos y tengo hambre, el tanque de nafta está en su cuarto final y me duele la espalda tengo los hombros tensos y los sentidos desdoblados hacia la ruta y hacia en interior del auto donde mis almitas sostienen su personalidad haciendo uso de cualquier recurso que les da la convivencia. Recuerdo una estación amplia a menos de treinta kilómetros. La ruta tiene sus tiempos, hay tiempos de silencio, grandes banquetas sembradas, alambrados que se extienden hacia el horizonte como una guía de perspectiva, macizos de árboles que forman montes en medio de los que, rosada, un casa de campo tiene olor a cocina de leña. Hay instancias de pueblo en las rutas con todos los servicios a disposición del navegante, que la gomería, su concesionaria de maquinaria agrícola, que el almacén, que la estación de servicio del pueblo, un restaurant seco al que ningún camionero riega con su presencia, dato de base para detectar un buen lugar para comer en la ruta según saben los que saben y lo comulgan y de pronto ese espacio se desvanece a una velocidad que depende de si el conductor respeta el kilometraje máximo para devolverle a la mirada el campo liso y horizontal de la pampa. No obstante, hay un tramo de toda ruta que concentra el stop gastronómico típico, es decir el de mayor densidad de comensales agobiados

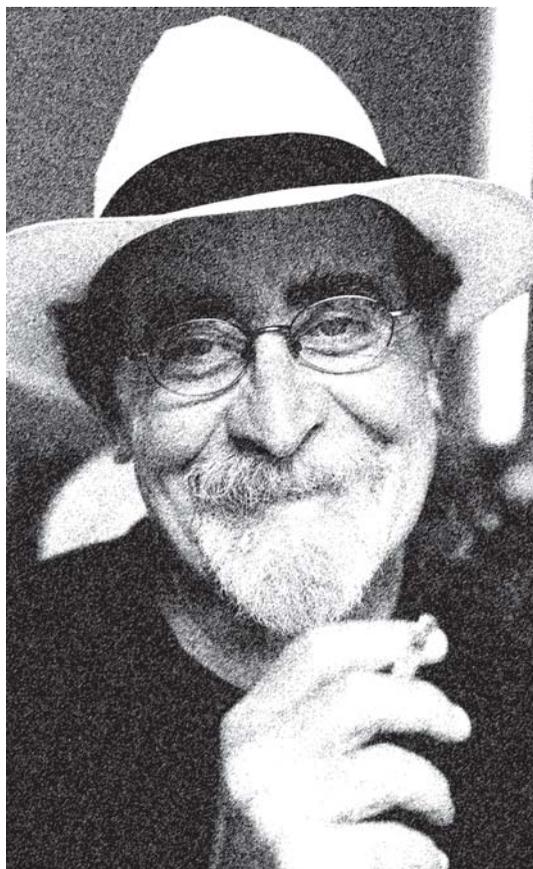
por el viaje, donde ya les pica el bague al eventual conductor o a cualquiera de sus acompañantes. Y aparecen las parrillas, con sus sirenas de trapo, bombachas de campo y botas salteñas, sombrero de ala y pañuelo al cuello puro pericón nacional, mientras que se tuestan de espaldas, sin protección solar 47, varios chivos o costillares que como sabor de vientre se cuelan perfumados en las pupilas, en las narices y en el estómago. Qué milagro de cal hace que esas maderas cocinen de manera tan fragante y ya, si, hay que parar. Pero no allí. A dos kilómetros, hay una estación de servicio con servicios en donde se puede dejar el auto a la sombra, ponerle todas sus demandas de fluidos y tal vez comer un snack para no seguir de viaje pesado. Uno compensa internamente. Pero no, al fin de la estación hay dos arcos dorados y esos fueron los que lograron el consenso para detenernos, ni una costilla sabrosa, ni una ensalada mixta con gusto a tomate y lechuga, ni unas papas fritas humeantes y de papa, ni unos pastelitos de dulce, nada de eso, los arcos dorados. Respirar tres veces y acompañar, debo acompañarlos en su experiencia sin dejar de dar mi opinión al respecto, lesson n° 4 del manual de los derechos de los niños en la global. El lugar tal vez fuera amplio pero dispusieron las mesas para que sólo un equilibrista experto en bandeja pueda pasar entre ellas, poniendo en riesgo vida y milagros de los que por fortuna, rapidez o paciencia pudieron sentarse, el murmullo que mas que murmullo era la amplificación de una colmena de avispas asesinas africanas y las colas que eran varias como un peinado de trenzas tropical se alineaban en misteriosa unidad frente a un mostrador atendido por jóvenes que en un estado de alienación grave trajinaban la mejor sinfonía fordista desde los tiempos tan modernos de chaplin, otra cola de mujeres se encolumnaba ante una puerta que resaltaba una figura con pollerita, obviamente hace calor mucho calor y el aire acondicionado lo único que restauraba era la fritanga infame de la cocina. Ser consecuente con mis ideales hizo que nada pidiera, ni un agua, con las tres bandejas llenas de mortajas japonesas de papel y envases de plástico giramos hacia el local luego





de arrastrar en nuestros hombros el malestar de los que aún hacían cola como antes la habíamos hecho nosotros y ver que no había ninguna mesa que nos albergara y con cierto placer propuse ir afuera, si bien hacia calor era mas natural que el que había adentro. Había alguna mesa afuera pero no había sillas, las sombrillas estaban ocupadas por gente que se quedó en resguardo de un lugar en el mundo para recibir a los cazadores que fueron por presas hacia el mostrador de la locura. De manera que bandejas en mano logramos apoyar un try de plástico en una mesa cerca de una pared que daba una sombra del tamaño de una mesa y una silla, lograr que se entendiera que era mejor poner la silla contra la pared y aprovechar un pequeño cantero lateral como asiento para poder así estar por lo menos cuatro a la sombra fue todo un ejercicio de estrategia de guerra bajo el paraguas misilístico utilizando como hacker una commodore 64, con persistencia se pueden lograr milagros, también mártires, porque la que era sólo con queso vino con tomate y salsa de pepinos y a mi no me gusta, la que era doble sin queso vino completa, la que tenia huevo llegó de pollo, la de promoción no llegó, y un arrebato derramó tres vasos de gaseosa pegajosa por las bandejas, por las rajadas de la mesa y por supuesto por la ropa, dos vasos no lograron abrirse y los condimentos que están sellados al vacío no debieron mas que soportar una inundación de azúcar en sus epitelios impresos, las servilletas eran útiles para hacer muñecos de papel maché y mi rostro había adquirido tal imagen de furia, desencanto y desesperación que consiguió el silencio y la consciencia del caos y frente al caos orden y progreso. Así me retiré en silencio a lavarme las manos al baño de la estación de servicio donde no había nadie, Salí de allí y en el bar de la estación me tomé un café en una mesa alta mirando por la ventana como entraban y salían autos de los surtidores, de a uno fueron llegando en silencio, compre unos caramelos en el kiosco, se los di y subimos al auto. Llegamos en silencio. A todas luces felices más allá de los tormentos de lo contemporáneo. Y el tiempo pasa y las noches de guitarra se hacen conciertos, y las filmaciones de los reportajes ridículos se

convierten en series completas de televisión de la mejor y las caminatas de la mañana en un arrullo de manos entrelazadas y los partidos de padel en un estadio donde se jugaba la libertad, el viento ruge en las crines de los caballos y en las nuestras y el miedo a cabalgar en la noche y la emoción y ver si le gano y disputar hasta el último territorio en un teg de lluvia o mentir desafortadamente en el truco, si total nadie pierde y sólo se gana la risa. La risa de estar juntos, de darse la oportunidad de amarse en silencio o bajo las formas más pueriles de los actos cotidianos. Por todo ello, las luces y las sombras, la línea y la luz, la alegría y el recuerdo. Todo lo bello está en las paredes de la casa de la memoria.



Ah! La playa, qué descanso el mar, qué suavidad las dunas, qué trama los cercos, qué geometría las carpas y las sombrillas, qué delicadeza la espuma de las olas y la lejanía.  
Ver crecer a los hijos y mancharse con ketchup.  
*Un Baccardi dorado con hielo, por favor.*



lorita

Romina Freschi

playo retorno de la playa, un retorno como amistoso, un lugar en el corazón acuoso, epíteto ridículo y sin raíz latina, sol esquimal que ha alumbrado nuestras pupilas: *te he escrito un poema*, no me lo has dicho, pero es cierto, la caricia de tu barbilla empujando la carne de tu cara hacia arriba, indica ése mi presentimiento, que presiente aún el encanto de la tensión nerviosa de lo no ideal. no ideal es mi elaboración, no ideal. las ideas, que permanezcan en la esfera de las ideas, de las estrellas, mientras la inquietud impaciente y punzante entre nosotros de hacernos recíprocamente perfectos para el otro, subsiste, subsiste, en lo no ideal, la idea que tienes de mí, la idea que tengo de mí.

en la playa de montevideo, 2004



### “Lo playa”

Exposición de Fernando Fazzolari

12 de junio al 3 de julio de 2008



c/o Fernando García Delgado  
Estados Unidos 1614  
Barrio Montserrat, C1101ABH  
Buenos Aires, Argentina  
T: (54-11) 4304-8972  
E: [info@barracavorticista.com.ar](mailto:info@barracavorticista.com.ar)  
W: [www.barracavorticista.com.ar](http://www.barracavorticista.com.ar)

### El Surmenage

Avda. de Mayo 1180, piso 2

Buenos Aires, C1085ABO, Argentina.

email: [elsurmenage@ciudad.com.ar](mailto:elsurmenage@ciudad.com.ar)

Registro de Propiedad Intelectual, en trámite

### El Surmenage

En Noviembre del año 2000 se presentaba en el *Centro Cultural Recoleta* el número “0” de «El Surmenage de la Muerta», el fallido doble de “vernissage” y “muestra”.

En marzo de 2006 al cumplirse cinco años de aquel número “0” se publicó el número “14”, que con aquel “0”, sumaron “15”; hicimos una pequeña fiesta de cercanías y encuentros, propósitos y deseos. Fue bella.

Con el último número se cumplía una periodicidad de carácter cuatrimestral, más cierta, pues, que la trimestral originalmente propuesta, pero -como siempre se ha dicho- no siempre sería posible. Y así fue. Sí, en cambio, se cumplió con su permanente tiraje de mil ejemplares en papel, su presencia en la web y su distribución gratuita; lo que no es poco para nuestra Argentina de todos estos años, pero...

Llegado a los cinco años, terminado este tiempo de la más tierna infancia, «El Surmenage» debe comenzar otra etapa con el objetivo de lograr una mayor organicidad, incorporando a sus principales colaboradores para que cada uno de ellos asuma la tarea de continuar en este proyecto comunitariamente como hasta el presente, pero con la expectativa de otra estructura que permita navegar el futuro con un horizonte más amplio.

Será responsabilidad del futuro staff sumar contenidos, convocar nuevos compañeros, desarrollar la propuesta originaria, ampliar las posibilidades de todos los que participan de este proyecto y crecer en el tiempo.

Así, saludando y como punto de partida para esta nueva era, se ofrece como propuesta y también como tema para el próximo número “la identidad”, cualquiera ella sea, hasta la propia.

Gracias a todos los que hasta hoy han acompañado esta ilusión. Gracias desde ya a los que se sumen. Que siga su rumbo y nos pertenezca.

“El Surmenage” inaugura el capítulo II del originario “El Surmenage de la Muerta” de la misma manera que el primero, como catálogo de una exposición que acompañan con sus textos Bengt Oldenburg, Romina Freschi, amigos. Esta segunda etapa mantendrá su pretensión de ser un medio de construcción colectiva que se materializa con la participación de los artistas en la producción del mismo. Se espera como siempre que, para las páginas de los siguientes números, los textos de más colegas se acerquen a construirla, continuarla y darle sentido.

La periodicidad deseada es cuatrimestral. No siempre será posible.

El periódico es de distribución gratuita.

Su fin es que forme parte de nuestro medio como una obra de arte más entre todas las que circulan por el país. Entre sus objetivos está el de ofrecer diferentes visiones de la sociedad en que nos toca vivir desde la mirada de los artistas.

Los documentos publicados pasarán a formar parte del sitio en Internet: [www.surmenagedelamuerta.com.ar](http://www.surmenagedelamuerta.com.ar)

Los autores de cada artículo se responsabilizan por lo manifestado en ellos y no necesariamente significan un acuerdo desde lo editorial.

Idea editorial: Fernando Fazzolari

Diseño y armado: Fernando García Delgado

Te. 4304-8972 | Email: [info@barracavorticista.com.ar](mailto:info@barracavorticista.com.ar)